

● ACCIÓN CONSERVADORA POR MÉXICO

CUADERNO ARGUMENTATIVO

La falsa promesa de la tercera posición

Por qué la Nueva Derecha Mexicana —y no el tradicionalismo antiliberal— es la ruptura genuina frente a las premisas que han producido las políticas fallidas del México posrevolucionario.

Documento de formación interna · Uso para debate y vocería
accionconservadora.org

Principios · Ideas · Cultura

TESIS CENTRAL

La tercera posición **diagnostica bien y prescribe mal**. Acierta al ver que el pleito entre izquierda y derecha liberal es una disputa interna al propio liberalismo; pero su solución colapsa en uno de tres destinos —el integralismo (poder sin contrapesos), la religión civil (fe sin doctrina) o el corporativismo (que México ya probó y desechó). La Nueva Derecha Mexicana alcanza el diagnóstico correcto sin caer en ninguno de los tres.

EL PUNTO QUE HAY QUE FIJAR EN LA MENTE DEL LECTOR

El tercerposicionista se vende como **la alternativa radical**. En México, el cuadro se invierte: él es el prisma recalentado con estética tradicionalista, y nosotros somos la ruptura verdadera. Lo que se presenta como el futuro que México no ha probado es, en realidad, el pasado del que apenas está saliendo.

EL PUNTO DE PARTIDA HONESTO

El diagnóstico que sí compartimos

Toda crítica sería merecer que se le conceda lo que acierta antes de señalar dónde yerra. Negarse a ello no es firmeza: es debilidad disfrazada de convicción. Y la tercera posición acierta en algo que conviene decir con todas sus letras.

El eje que estructura hoy el debate público —izquierda contra derecha, progresismo contra liberalismo de mercado— es, en buena medida, una discusión dentro de una misma familia. La tercera posición señala con razón los **supuestos falsos** sobre los que ese consenso descansa. Los denuncia, y nosotros con ella:

- **La neutralidad del Estado es una ilusión.** Se pretende que el Estado puede ser neutral en materia moral. No puede: toda ley enseña, ordena y forma. El Estado que se declara neutral no ha renunciado a imponer una moral —solo ha escondido cuál. Lo decimos sin rodeos: el Estado *no puede* ser neutral.
- **La autonomía sin límite no es la vida buena.** Se pretende que vivir mejor consiste en expandir sin fin la autonomía individual, hasta que el Estado y el mercado compiten por «liberar» a la persona de todo vínculo que no eligió —la familia, la fe, la comunidad, el lugar. Lo negamos: una libertad sin más criterio que la propia voluntad disuelve aquello que la sostiene. La autonomía es un medio que necesita un fin; no es el fin del hombre.
- **Izquierda y derecha liberal son dos alas del mismo pájaro.** Ambas expanden el Estado y el mercado sobre las ruinas de los cuerpos intermedios. Su pleito es real, pero es un pleito de familia.

A estas coincidencias se suma una convicción de método que también hacemos nuestra: **la cultura precede a la política**. Quien gana la batalla de las ideas y los símbolos gobierna mucho antes de llegar a una elección —y de ahí nace, precisamente, nuestra apuesta por la batalla cultural. Por eso este cuaderno no niega la enfermedad que la tercera posición describe. Discute su cura.

FRASE-ARMA

“Tienen razón en la enfermedad; se equivocan en la cura.”



EL MAPA

Qué es realmente la «tercera posición»

Antes de discutirla hay que desactivar una trampa: **«tercera posición» no nombra una cosa, sino cuatro** que comparten un esqueleto pero se defienden de forma distinta. Quien la sostiene suele escabullirse cambiando de referente cuando se le aprieta. Fijemos el terreno.

Los cuatro referentes

- **La tercera posición peronista.** «Ni yanquis ni marxistas»: una vía corporativista y nacional-popular entre capitalismo y comunismo. Es la raíz latinoamericana del término y explica su eco en oído mexicano.
- **El tercerposicionismo europeo (evolyano).** Antiliberal, antimoderno y de raíz esotérico-tradicionista (Julius Evola, René Guénon). Su horizonte no es cristiano sino perennialista: una «Tradición» metafísica por encima de las religiones concretas.
- **La Nueva Derecha francesa.** Metapolítica, gramsciana invertida y —dato relevante— explícitamente anticristiana en su principal teórico, que ve en el cristianismo la raíz del igualitarismo que luego heredan liberalismo y marxismo.
- **El integralismo y el postliberalismo.** La «tercera vía» entre liberalismo y socialismo anclada en la doctrina social cristiana, hoy revivida como crítica frontal tanto al progresismo como al conservadurismo de mercado. *Es el referente que más nos interpela, y al que dedicamos las secciones III a V.*

EL ESQUELETO COMÚN

Debajo de los cuatro late una misma jugada: **el eje izquierda/derecha es una oposición interna al liberalismo**, un falso dilema entre dos materialismos que comparten la misma idea de la persona. El verdadero eje —dicen— no es horizontal sino vertical: Tradición y trascendencia contra modernidad. De ahí se sigue que escoger «derecha» es seguir jugando el juego del adversario. Esta tesis no es un

truco retórico: es una lectura seria con la que hay que pelear en el terreno de las ideas, no despacharla como pose.

La tercera posición se distingue, además, por su economía: desconfía tanto del mercado como del Estado socialista y propone en su lugar un orden de **cuerpos intermedios** —gremios, corporaciones, pequeña propiedad tutelada— que median entre el individuo y el poder. Guardemos ese dato: reaparecerá, con nombre mexicano, en la sección V.

FRASE-ARMA

“No es una posición; son cuatro cosas que se esconden bajo un mismo nombre.”



PRIMER DESTINO

El integralismo: poder sin contrapesos

La versión más ambiciosa de la tercera posición es el integralismo. Su argumento cabe casi en un silogismo: el ser humano tiene un doble fin —la felicidad temporal, que procura el Estado, y la eterna, que procura la Iglesia—; como el fin eterno es superior, el poder temporal debe subordinarse al espiritual en todo lo que toque la salvación. De ahí sale el Estado confesional: uno que reconoce oficialmente la verdad religiosa y ordena la vida civil hacia el fin sobrenatural.

Conviene ser justos y precisos, sobre todo ante un lector católico: **el integralismo es una posición minoritaria dentro del catolicismo, no su rostro natural**. La gran mayoría de los católicos —y buena parte del propio magisterio contemporáneo, que afirma la libertad religiosa como un derecho de la persona— no aspira a un Estado confesional. Criticar el integralismo no es criticar la fe católica; es criticar una tentación política que la propia tradición ha aprendido a mirar con cautela.

LA CUÑA DECISIVA

El integralismo estricto es **estructuralmente confesional y jerárquico**: requiere una Iglesia institucional a la que el Estado se subordine. Por eso un cristiano de tradición evangélica no puede, en rigor, ser integralista: no hay magisterio único al que entregar la espada. Y por eso las versiones «de gran coalición» que buscan sumar a todos deben diluir el integralismo hasta volverlo incoherente. Sus dos caras no encajan entre sí —y en esa grieta vivimos con comodidad.

Nuestra objeción de fondo no es de conveniencia, sino de principio, y la comparten católicos y evangélicos sensatos por igual: **cuando el poder espiritual empuña el poder temporal, no se santifica el Estado; se corrompe la Iglesia**. La historia —incluida la de instituciones cristianas con poder político— registra que la fusión de ambas espadas produce hipócritas, no santos, y

convierte la adhesión libre a la verdad en sometimiento legal. La fe coaccionada deja de ser fe. Por eso ACM defiende la democracia con equilibrios de poder: no por tibieza, sino porque es el único marco que permite vivir la fe —o rechazarla— en libertad, sometiendo a toda autoridad, también la religiosa, a límites y rendición de cuentas.

FRASE-ARMA

“Confundir la espada y el altar no santifica al Estado: corrompe a la Iglesia.”

IV

SEGUNDO DESTINO

La carpa grande: fe sin doctrina

Si el integralismo peca por exceso de doctrina impuesta, el segundo destino peca por lo contrario: disolver la doctrina para construir un frente amplio. Es la lógica de la «gran coalición» tradicionalista, que archiva las diferencias de fe para hacer causa común contra la modernidad liberal. Aparece en tres capas.

- **El nacionalismo cristiano.** La idea de que la nación debe ordenarse legalmente a la religión verdadera y ser gobernada como tal. Tiene expresiones tanto protestantes como católicas, y suele apoyarse en el derecho natural y en una lectura selectiva de la historia.
- **El ecumenismo «de trinchera».** Menos un cuerpo doctrinal que un ambiente: creyentes de distintas confesiones que suspenden sus desacuerdos de fondo porque comparten enemigos. El pegamento es el cristianismo *civilizatorio*, no la fe confesada.
- **El perennialismo.** El más corrosivo, porque ni siquiera es cristiano: sostiene que todas las tradiciones apuntan a una misma «Tradición» trascendente, relativizando así la unicidad de Cristo bajo un universalismo metafísico.

El costo de esta carpa se paga en dos monedas, y ambas deberían inquietar por igual a un católico y a un evangélico serios:

1. **La religión civil.** El cristianismo valorado por su *utilidad* social —orden, natalidad, cohesión— y no por ser *verdadero*. El «cristiano cultural» que admira la catedral pero no cree en el Dios que la habita. Es idolatría funcional: convierte el Evangelio en medio para un fin nacional, invirtiendo el orden debido. La nación existe para la gloria de Dios; no Dios para la cohesión de la nación.
2. **El mesianismo político.** La creencia de que construir la polis correcta es, en sí mismo, redentor. Es esperar de la política lo que solo da la gracia: una salvación. Ninguna nación, ninguna ley, ningún orden —por cristiano que se declare— redime. Eso lo hace únicamente Cristo.

Aquí conviene la distinción que ACM no negocia y que —bien entendida— une a católicos y evangélicos en lugar de dividirlos: **colaborar no es fusionar**. No aspiramos a un Estado que

imponga por ley una soteriología común, ni a clausurar las diferencias reales de fe entre nuestras tradiciones. Esos debates podemos y debemos seguir teniéndolos, cada quien desde su convicción y sin renunciar a ella. Lo que buscamos construir es otra cosa: un **marco cultural cristiano compartido —un piso parejo y firme—** sobre el cual las instituciones intermedias, la Iglesia entre ellas, puedan seguir evangelizando y realizando la labor eterna que el Estado jamás podrá sustituir. Se coopera en lo civil sin diluir lo eterno. La carpa grande borra esa línea disolviendo la doctrina; el integralismo la borra imponiéndola. Nosotros la sostenemos.

FRASE-ARMA

“Un cristianismo que se defiende por útil y no por verdadero ya dejó de ser cristianismo.”



TERCER DESTINO

El corporativismo distributista: lo que México ya probó

El corazón económico de la tercera posición es el distributismo, y es donde más gente se confunde. Empecemos por deshacer el malentendido del nombre: **distributismo no es redistribución**. No habla de repartir ingreso —eso lo desprecia como asistencialismo—, sino de distribuir **propiedad productiva**: la tierra, el taller, las herramientas, el capital con que una familia se gana la vida.

Su tesis: el problema no es que la riqueza esté mal repartida, sino que los medios de producción están concentrados —en pocos capitales o en el Estado—, y la solución es que el mayor número posible de familias sea *dueña* de su sustento. Sus referentes clásicos —de raíz en la doctrina social católica— defendieron la pequeña propiedad, el orden gremial y la subsidiariedad: que lo que puede resolver la instancia menor no lo absorba la mayor.

El argumento fuerte que hay que respetar

Su crítica más aguda es la del «Estado servil». Ante una masa sin propiedad, hay tres salidas: que el Estado se apropie de todo (socialismo), que garantice la *seguridad* de la masa a cambio de perpetuar su condición de no propietaria (un neofeudalismo blando de gente segura pero tutelada), o que devuelva propiedad real a esa masa (distributismo). El distributista vio, con un siglo de antelación, que capitalismo de bienestar y socialismo **convergen** en dejar a la persona sin propiedad y dependiente. Esa intuición es correcta. Lo que falla es su remedio.

EL ATERRIZAJE MEXICANO

Lo que en Europa es teoría, en México es **historia vivida**. El sinarquismo de los años cuarenta —católico, corporativista, antiliberal— fue distributismo con camisa. El ejido agrarista fue el mayor intento de la historia de «distribuir propiedad productiva»: tierra repartida en parcelas familiares,

protegida del mercado. Y el corporativismo priista (CTM, CNC, CNOP) fue el «orden gremial» realizado como correa de transmisión del partido-Estado. La familia organicista-corporativista de la tercera posición ya gobernó México medio siglo. Su cosecha fue la «dictadura perfecta», el clientelismo y la miseria rural.

La crítica correcta: a la lógica, no al caso

No basta decir «el ejido fracasó» —responderán que «ese no era distributismo puro». Hay que atacar la lógica que lo anima. Para *mantener* la propiedad distribuida e inalienable, hay que impedir que la gente la venda, la hipoteque, la fusione o la haga crecer, porque el intercambio libre vuelve a concentrarla. Eso exige un Estado que vigila y coacciona sin descanso: precisamente el **Estado tutelar** que el distributista decía combatir. La doctrina se autorrefuta. Y en el camino declara la guerra a la formación de capital —al crédito, a la escala, a la especialización—, que son justamente los mecanismos que sacan a la gente de la pobreza. Propiedad amputada del mercado no es libertad: es pobreza pintoresca. El ejido lo demostró: parcelas sin colateral, sin escala, capturadas por el clientelismo, hasta que la reforma de 1992 devolvió lo que faltaba —propiedad *real*, la que puede venderse, heredarse, hipotecarse y hacerse crecer.

FRASE-ARMA

“Quiere muchos propietarios libres por el único medio que garantiza lo contrario: súbditos tutelados.”

VI

LA CONSTRUCCIÓN

Nuestra respuesta: la Nueva Derecha Mexicana

Rechazar tres destinos no basta; hay que ofrecer el camino. La Nueva Derecha Mexicana toma el diagnóstico correcto de la tercera posición y lo lleva a buen puerto en lugar de estrellarlo. Descansa sobre tres ideas que católicos y evangélicos pueden reconocer cada uno desde su tradición.

1. Se coopera por lo que compartimos, sin fingir que todo lo compartimos

Dios reparte bienes reales —razón, orden, justicia, belleza, sentido del bien común— sobre creyentes y no creyentes por igual. Esa es la base que permite construir una coalición amplia **sin exigir que todos profesen la misma fe**, y sin por ello caer en la religión civil: colaboramos en lo civil precisamente porque hay bienes comunes verdaderos, no porque todas las creencias valgan lo mismo. El católico lo reconocerá en la ley natural; el evangélico, en la gracia común. Ambos nombran la misma realidad: se puede edificar junto sin diluir lo que cada quien confiesa.

2. Cada esfera tiene su autoridad propia —y ninguna traga a las otras

La familia, la iglesia, la empresa, la escuela y el Estado poseen, cada una, una autoridad propia bajo Dios, y ninguna puede absorber a las demás. Esta es —dicho en positivo— nuestra vacuna contra el integralismo: el Estado no engulle a la Iglesia (no hay Estado confesional) y la Iglesia no empuña la espada. Es, a la vez, nuestra defensa de las **instituciones intermedias** —eso que el católico llama subsidiariedad— como el verdadero motor del cambio cultural. No es el Estado el que forma el carácter de un pueblo: son la familia, el templo y la comunidad. El poder político debe dejarles espacio, no suplantarlas.

3. Se colabora en lo temporal sin disolver lo eterno

Al mismo tiempo que cooperamos en el terreno civil, mantenemos la distinción entre el Reino de Cristo y los proyectos humanos en el plano de los compromisos últimos. Esta es nuestra defensa frente al perennialismo: podemos trabajar hombro con hombro sin fundir la fe en una «Tradición» genérica que borre la unicidad de Cristo. La cooperación es real; la confusión, nunca.

La economía que se sigue de todo esto

De aquí nace nuestra postura económica: **libertad económica con rector moral cristiano**. No distribuimos propiedad por coacción; creamos las condiciones —Estado de derecho, baja carga fiscal, propiedad segura, combate frontal a la corrupción— para que la propiedad se *multiplique por creación de riqueza*, no por reparto tutelado. Y el trabajo formativo que la tercera posición encomienda al gremio o al Estado lo devolvemos a su lugar propio: la familia, la iglesia y las instituciones intermedias. Le concedemos al distributista su preocupación legítima —el hombre sin raíces y la propiedad concentrada son males reales— y le negamos su receta, porque produce lo contrario de lo que promete.

FRASE-ARMA

“No buscamos el sistema perfecto —eso solo lo da Cristo—; buscamos el orden funcional que deja trabajar a la cultura.”

VII

EL CIERRE ESTRATÉGICO

Por qué la tercera posición sobra en México

Queda la conclusión que le da filo político a todo lo anterior. La tercera posición no se rechaza por *redundante* —como si fuera un simple solapamiento de terreno—. Se rechaza por **regresiva**.

México no necesita importar una «tercera posición» que trascienda el binomio liberalismo-socialismo. Ya la vivió. Medio siglo de nacionalismo revolucionario —«ni capitalismo liberal ni

comunismo»—, de corporativismo gremial, de ejido tutelado y de partido-Estado *fue* la tercera posición en su encarnación local. Las «viejas premisas de las que parten las políticas públicas fallidas del México posrevolucionario» no son ajenas a la tercera posición: **son la tercera posición**, hecha gobierno.

De ahí el giro que debemos instalar en el debate. El tercerposicionista se presenta como la novedad radical frente a un México agotado. La verdad es la opuesta: **él ofrece el pasado con estética nueva; nosotros ofrecemos la ruptura real**. Corregir las premisas fallidas del posrevolución —el hombre maleable, el Estado tutelar, la propiedad amputada, la comunidad absorbida por el poder— no es tarea de una tercera posición importada. Es, exactamente, la tarea de la Nueva Derecha Mexicana.

CIERRE

La tercera posición no es el futuro que México no ha probado; es el pasado del que apenas está saliendo.

VIII

PARA SOSTENERSE DE PIE EN UN DEBATE

Réplicas anticipadas

Un cuaderno de combate no sirve si solo dispara: tiene que aguantar el contragolpe. Estas son las mejores objeciones que un adversario informado nos hará, con la respuesta lista.

NOS DIRÁN — «Ustedes caricaturizan. No queremos un Estado coactivo; queremos reequilibrar un Estado liberal que ya es coactivo y que solo finge neutralidad. El mercado mismo lo construye y lo sostiene el poder.»

RESPONDEMOS. Concedemos que no hay mercado sin instituciones ni Estado sin decisiones morales. Pero hay una diferencia decisiva entre la coacción que **protege las condiciones del intercambio** — Estado de derecho, propiedad, combate al fraude— y la que **dirige sus resultados** —gremio obligatorio, prohibición de vender, precio fijado—. La primera habilita la agencia de la persona; la segunda la sustituye. Y la evidencia mexicana es tozuda: la segunda reconstruye, una y otra vez, el Estado tutelar.

NOS DIRÁN — «Su “pluralismo de la gracia común” es liberalismo con un pez de Jesús pegado. Una nación debe ordenarse a la verdad; esconderse tras el procedimiento es cobardía.»

RESPONDEMOS. No confundimos dos cosas. Afirmamos una nación **ordenada por una brújula moral compartida** —eso lo queremos—; rechazamos un **Estado que coacciona la confesión** —eso produce hipócritas y corrompe a la Iglesia—. La cooperación por bienes comunes verdaderos no es neutralidad liberal: es la convicción de que Dios reparte bienes reales incluso fuera de la fe, lo cual funda la colaboración sin fingir que toda creencia es igual. La distinción entre Reino y polis permanece intacta.

NOS DIRÁN — «Su “economía libre” es fusionismo reciclado, el reaganismo zombi que Deneen ya enterró: subordinar la virtud a la libertad de mercado.»

RESPONDEMOS. Es exactamente al revés. El fusionismo subordinaba la virtud a la libertad; nosotros subordinamos la libertad a un fundamento moral que ella no puede generar por sí sola —es nuestra regla de desempate explícita—. No sostenemos que el mercado sea el criterio último de validación moral; integramos la libertad económica *dentro* de un marco que la ordena. Eso no es fusionismo: es su corrección.

NOS DIRÁN — «Conceden el diagnóstico y luego recetan... más liberalismo. Si el liberalismo es la enfermedad, su cura es una recaída.»

RESPONDEMOS. Distinguimos el liberalismo *como metafísica* —la autonomía convertida en valor supremo, que sí rechazamos— de la **libertad ordenada**: libertad *para* el bien, con instituciones intermedias haciendo el trabajo formativo. La diferencia entre un Estado limitado que les deja espacio y un Estado musculoso que las absorbe no es un matiz: es todo el asunto.

NOS DIRÁN — «¿Me piden entonces, como católico, renunciar a la Doctrina Social de la Iglesia?»

RESPONDEMOS. En absoluto. La preocupación central de esa doctrina —la dignidad del trabajador, su derecho a llegar a ser propietario, la subsidiariedad frente al Estado que todo lo absorbe— es plenamente compatible con la libertad económica ordenada que defendemos. De hecho, la subsidiariedad **refuerza** nuestro argumento de las esferas. Rechazamos los *mecanismos* del distributismo —coacción gremial, desconfianza del capital—, no la solicitud por la persona por encima del puro economismo.

NOS DIRÁN — «Todo esto es metapolítica de escritorio. Sin poder, no cambian nada.»

RESPONDEMOS. Coincidimos en que la cultura precede a la política —por eso existimos—. Pero cambiar la cultura no es tomar el Estado para reordenar la sociedad desde arriba, que es la tentación autoritaria de la tercera posición. Es formar personas, familias e instituciones que sostengan una brújula moral compartida. El poder que dura es el que crece desde ahí, no el que se impone contra ahí.

Acción Conservadora por México · Cuaderno argumentativo de formación interna. Documento de trabajo para vocería y debate; no constituye programa de gobierno. Los principios de referencia se encuentran en la *Declaración de Principios de ACM*.